

## **EL EVANGELIO, LA BUENA NOTICIA DE LA SALUD**

Carta pastoral del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal-Arzobispo, D. Antonio  
María Rouco Varela

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

1. En todos mis encuentros pastorales con vosotros, en cualquier ambiente o circunstancia, siempre me he topado, de un modo u otro, con las realidades humanas de la salud y de la enfermedad, del sufrimiento y la curación, del deterioro, el morir y la muerte, así como con las múltiples formas que adopta la asistencia a estas situaciones que todos vivimos y, por ello, disfrutamos o padecemos. He sentido el contagio gozoso de la salud en mis encuentros con niños, adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos rebosantes de vida y de ganas de vivir, o volviendo a disfrutar de la salud recuperada tras sufrir algún tipo de enfermedad o accidente. Pero he sentido también, en muchas ocasiones, el impacto del dolor y el sufrimiento humanos al contacto con personas enfermas, o con quienes han sufrido la pérdida de un ser querido. Mi experiencia pastoral, igual que vuestra andadura cotidiana, está plagada de encuentros con las situaciones y realidades de lo que hoy llamamos el mundo sanitario.

Sobre ese mundo, presente hoy en todos los planos de nuestra vida individual y social, dentro del cual los humanos experimentamos las vivencias más radicales de nuestra existencia, quiero tratar en esta carta pastoral y haceros partícipes con ella de mi experiencia y sentimientos, así como de la fe y la esperanza cristianas que, como pastor vuestro, debo promover y compartir con vosotros en el seno de nuestra Iglesia de Madrid.

Bien sabéis que el santo y seña de los discípulos de Cristo es hacer suyos los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren. Pues bien, esta consigna cristiana tiene en el mundo sanitario un campo de aplicación incomparable. Prueba de ello es que el Santo Padre ha manifestado recientemente que ninguna pregunta se eleva con mayor intensidad desde los corazones humanos que la de la sanidad y la salud. Así pues -continúa diciendo el Papa- no ha de sorprendernos que la solidaridad humana, en todos los niveles, pueda y deba desarrollarse con urgencia prioritaria en el ámbito de la sanidad.

Por ello, no os extrañará que haya decidido, en unión con el Consejo Episcopal de la Archidiócesis, encargar a nuestra Delegación de Pastoral Sanitaria la preparación de una misión evangelizadora, dirigida precisamente al mundo sanitario y a nuestra propia Iglesia de Madrid, para proclamar que el Evangelio es la Buena Noticia de la Salud.

2. Pero, antes de pasar a hablaros directamente de la misión, permitidme que os recuerde algunas características del mundo sanitario actual, que resultan particularmente relevantes por su interés humano, eclesial y pastoral. En la época en que nos ha tocado vivir, el mundo sanitario ha adquirido tal envergadura y dimensiones que abarca por su extensión todo

lo que humanamente llamamos mundo. La sanidad, en su significado más amplio y asentado, no es hoy sólo el conjunto de estructuras públicas y privadas que tienen por finalidad promover la salud y prevenir, curar o paliar enfermedades sino, antes que eso, una forma de entender la vida y de juzgar cuáles son sus condiciones de posibilidad más idóneas o menos nocivas para el adecuado desenvolvimiento de la existencia humana en la tierra. Hoy no existe realidad alguna perteneciente a nuestro mundo que pueda ser juzgada al margen de la sanidad. De cualquier persona, acontecimiento o cosa podemos decir, y decimos, que es sana o insana, saludable o insalubre.

La sanidad, como forma de entender hoy la vida, expresa ante todo la inmensa ansia de salud que es posible albergar en el tránsito del segundo al tercer milenio de la era cristiana. En apariencia esto no diferencia a nuestro tiempo de las épocas que nos han precedido, pero tal apariencia es engañosa. Nuestros mayores ansiaban también la salud y la apreciaban como un sumo bien, pero la concebían sobre todo como ausencia de daños corporales o psíquicos. A diferencia de ellos, hoy somos invitados a ver en la salud no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades, sino un estado de perfecto bienestar físico, mental y social.

Nunca antes de ahora se llegó a concebir así la salud, ni hubo oportunidad de poner tantos y tan variados medios al servicio del ideal descrito por esa definición. Sólo desde hace medio siglo cuenta la humanidad con una Organización Mundial, cuyo cometido específico sea velar por la mejora de las condiciones sanitarias de la población entera de nuestro planeta y proponga, para ello, un programa tan ambicioso como el de Salud para todos en el año 2000. Nunca antes los gobiernos de todos los países dedicaron tanta atención y esfuerzos para dotar a los ciudadanos de estructuras sanitarias cada vez más complejas y eficaces, teniendo en cuenta la capacidad de sus recursos económicos respectivos. Jamás en el pasado el ciudadano de a pie pudo contar con unas prestaciones sanitarias tan universales, abundantes y diversificadas como las que hoy le ofrece, al menos en los países ricos, el Sistema Nacional de Salud o, en el caso de los ciudadanos más pudientes, la sanidad privada.

Pensad, sin ir más lejos, en el número de farmacias, centros de salud, ambulatorios, hospitales y otros tipos de establecimientos sanitarios que hay en el territorio de nuestra archidiócesis de Madrid; en la cuantiosa dotación de medios materiales y de personal cualificado que poseen todos esos centros para ofrecernos la gran cantidad de prestaciones asistenciales a las que tenemos acceso, en uso de nuestro derecho a la protección o rehabilitación de la salud; en la magnitud de las cifras económicas que destinamos a sufragar todos esos gastos, de cuya absoluta mayoría somos no sólo beneficiarios sino también contribuyentes. Qué duda cabe que, con todos los defectos que sin duda pueden achacarse a nuestro sistema sanitario, el ansia de salud ha cristalizado en un vasto complejo de estructuras y personas que intervienen constantemente en la vida de todos nosotros, desde la concepción hasta la muerte, ofreciéndonos promoción de salud, prevención frente a enfermedades, posibilidades de sanación, alivio de dolencias, atenuamiento del deterioro y ayuda al morir.

Pero todos vamos aprendiendo a lo largo de la vida por experiencia propia que, aún contando con ese magnífico conjunto de medios y estrategias

sanitarias, nunca llegaremos a colmar en este mundo el ansia de salud que sentimos como una exigencia que surge espontánea y radical desde el fondo mismo de nuestro ser. Todos nos acabamos percatando, antes o después, de que ese pretendido estado de perfecto bienestar es inalcanzable en la tierra, y de que la salud humana no puede consistir sólo en el mero disfrute de bienestar, por muy alto que éste llegue a ser en algunas -siempre pocas y breves- ocasiones. Al contrario, a medida que maduramos vamos cayendo en la cuenta de que una visión sana y saludable de la vida incluye necesariamente que sepamos convivir a diario con diversas formas de malestar; que adquiramos una conciencia clara y serena de que estamos expuestos al riesgo de enfermarse o de sufrir un accidente en un momento u otro de nuestra existencia; que admitamos al sufrimiento como parte inherente, aunque no deseada, de nuestra condición humana y que aceptemos el hecho ineludible de que un día la muerte llamará a nuestra puerta y nos obligará a abandonar este mundo. Pretender dar la espalda a estas realidades y no aprender a contar sosegadamente con ellas, lleva inevitablemente a desarrollar una salud enfermiza.

Esa es, por desgracia, una característica de nuestro tiempo y de estas sociedades nuestras a las que llamamos avanzadas. En no pocos aspectos estamos, paradójicamente, enfermando de salud. Así ocurre cuando ponemos el ideal de nuestra perfección humana en el mero bienestar y reducimos el cultivo de nuestra salud al cuidado obsesivo del cuerpo, o a la búsqueda maniática del equilibrio psíquico; cuando no valoramos más derecho que el que ampara la protección de nuestra propia salud individual, o la del grupo humano, país o conjunto de países adonde pertenecemos, y olvidamos las penosas y hasta infrahumanas condiciones sanitarias en que viven tantos seres humanos, hermanos nuestros; Cuando pasamos también por alto que nuestra salud personal y comunitaria tiene una dimensión ética y espiritual, sin las cuales aquélla no puede llamarse verdaderamente salud humana. Creo que estaréis de acuerdo conmigo en que todos hemos de proponernos ir superando estas distorsiones patológicas de la salud, para que la grandiosa empresa que pretende ser hoy el mundo sanitario adquiera la talla humana y el talante humanizador que por su propia naturaleza requiere.

3. La Iglesia no es ajena al mundo sanitario; al contrario, desde su mismo origen hasta el día de hoy, ha venido haciendo suya el ansia de salud consustancial a todo ser humano que viene a este mundo. La historia de la asistencia sanitaria cobró un sesgo nuevo y original con la aparición del cristianismo y, a partir de entonces, esa historia ha recibido de la Iglesia y de los cristianos importantísimas aportaciones tanto en el modo de concebir las realidades humanas de la salud, la enfermedad, la curación, el sufrimiento, el morir y la muerte, como en las formas concretas de asistir a quienes se ven afectados por esas mismas realidades. Ahora mismo, cuando las estructuras sanitarias crecen sobre todo a impulsos de los poderes públicos y de las iniciativas privadas seculares, la contribución de la Iglesia al mundo sanitario mediante instituciones propias, y mediante la inserción en él de muchos de sus hijos, es indispensable e insustituible sobre todo en los campos que tienen que ver con los enfermos más necesitados y desasistidos, campos en los que ha sido y es pionera a través de multitud de iniciativas y experiencias piloto, y donde sigue siendo avanzadilla de los Sistemas Nacionales de Salud.

Mirando hacia el pasado comprendido en estos primeros dos mil años de cristianismo, y deteniendo también nuestra mirada en el momento presente, bien puede decirse que entre la Iglesia y el mundo sanitario ha existido y existe una cierta alianza asistencial y terapéutica, basada en el mutuo imperativo de servir a la salud humana. Hace ya más de un cuarto de siglo el Episcopado Español declaraba en tal sentido que todo el inmenso esfuerzo de los hombres de todas las culturas por superar la enfermedad, el progreso de la medicina y los avances insospechados de la cirugía, son reconocidos por la Iglesia como el cumplimiento de un designio de salvación plena trazado por Dios. Ese mismo reconocimiento del mundo sanitario como lugar privilegiado para proclamar e impulsar hoy la salvación de Dios es el que os propongo a todos los miembros de la Iglesia de Madrid, y singularmente a cuantos os sentís llamados por ella a ser evangelizadores en ese mundo, que es también el de todos vosotros y el mío.

4. La misión evangelizadora a la que os convoco ha de tener como único objetivo mostrar al mundo sanitario que el Evangelio es la Buena Noticia de la Salud. Os invito a que anunciéis ante los enfermos y los sanos, ante los familiares de aquellos y ante sus cuidadores profesionales y voluntarios, a Jesucristo, Dios encarnado y, por ello, Salud de Dios para los hombres. Tal es la noticia que la Iglesia nos ha transmitido fielmente desde su origen a través de la vigorosa tradición de la salud cristiana, y que os pido que propaguéis en este momento. Os hago esta petición desde el hondo convencimiento que me da la fe -y que corroboran vuestra experiencia y la mía- de que esa noticia es el medicamento espiritual, el remedio saludable que requieren los elementos patógenos de nuestra actual vivencia de la salud.

Jesús es la Salud. Tal fue el lema de la Campaña del Día del Enfermo 1991, promovida por la Conferencia Episcopal Española para destacar la relevancia de Jesucristo respecto de la salud humana. En su mensaje con motivo de esta Campaña, los Obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral invitaban a los cristianos a reflexionar sobre el sentido de la salud a la luz de la fe en Jesucristo, y a participar en la misión evangelizadora de la Iglesia siendo portadores de salud y servidores de la vida. En el pórtico del año 2000, y en los comienzos de este Año Jubilar, yo os hago la misma invitación: que en este tiempo de gracia reafirméis ante el mundo sanitario y ante nuestra comunidad diocesana la convicción de la Iglesia de que la salud es uno de los bienes fundamentales del ser humano y constituye una de sus aspiraciones permanentes y de que, por eso mismo, os sentís movidos a evangelizar esa búsqueda de la salud tan intensa y a la vez tan ambigua y enfermiza en ciertos aspectos.

5. Pero, ¿qué contiene la Noticia del Evangelio para que la consideremos tan relevante en el contexto de la salud y la sanidad de nuestro tiempo? ¿Qué hace al Evangelio ser la Buena Noticia de la Salud, y a Jesucristo Salud de Dios para los hombres? Para nosotros, los cristianos, un único motivo; un motivo, sin embargo, absolutamente decisivo y concluyente. En las Navidades del año 1998 os dirigí otra carta pastoral titulada "Jesucristo: la vida del mundo" y en ella os hablaba de Dios, fuente de la vida, y de la Encarnación de Dios en Jesucristo, hecho histórico consistente, como bien sabéis, en que la Vida puso su morada entre nosotros. Esa es precisamente

nuestra buena noticia y nuestra aportación capital a la salud hoy: el anuncio de Dios como la fuente de la vida.

Bebiendo en el manantial de la Sagrada Escritura los cristianos aprendemos que la salud humana en este mundo no es otra cosa, en el fondo, que la expresión temprana e inacabada del ansia de vida plena, de felicidad sin límites, a la que nos sentimos llamados por Dios, el Viviente, de quien los humanos somos imágenes e hijos. Este ansia brota de lo más íntimo de nuestro ser y busca incesantemente manifestarse como salud en todos los planos de nuestra persona: en el cuerpo y en la interioridad, en el psiquismo y en nuestra vinculación con los otros seres humanos y con el universo. Es un ansia de vida tan radical y totalizante que constituye nuestro verdadero ideal de perfección. Para un cristiano, tal ansia de vida sólo se sacia en el contacto con Dios, en su compañía y comunión. Así lo expresaban ya en el Antiguo Testamento los salmos: Oh Dios,... mi alma está sedienta de ti, mi carne tiene ansia de ti como tierra reseca, agostada, sin agua (Sal 62, 2s); como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo, ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios? (Sal 42, 2s); Sólo en Dios descansa mi alma, porque de Él viene mi salvación (Sal 61, 2). Estas y otras muchas expresiones contenidas en la Sagrada Escritura manifiestan la convicción de que la salud humana tiene su consistencia en la plenitud de vida que es Dios, plenitud de la que la salud es tensión vivida, consciente o inconscientemente, y que apunta siempre más allá de sus realizaciones progresivas pero incompletas en este mundo.

6. Por eso llamamos a Jesucristo Salud de Dios para los hombres, porque su persona es el lugar de encuentro entre Dios, la plenitud de la Vida, y la pertinaz búsqueda de esa plenitud que constituye el motor constante de la existencia y la aventura humana en este mundo. Llamamos a Jesucristo Salud de Dios para los hombres pues en su persona la infinita calidad de vida que Dios posee y disfruta se in-corpora a la humanidad, toma cuerpo en la humanidad de Jesús de Nazaret y da así a la salud humana categoría de salvación, es decir, de realización acabada, de perfecto, perenne, inaudito bienestar. A partir de la Encarnación de Dios en Jesucristo, la salud ya no es una utopía quimérica, ni su búsqueda resulta un viaje vano y absurdo a ninguna parte, sino una empresa irrenunciable para la humanidad, que va cobrando en la medicina y en la sanidad su forma más clara de progreso histórico. Precisamente para garantizar el acierto de ese progreso histórico y para presentarle su verdadera medida y dimensión, la Iglesia ofrece al mundo sanitario el Evangelio, como Buena Noticia de la Salud encarnada en la persona de Jesucristo, Salud de Dios para los hombres, que es el objetivo y el mensaje fundamental de esta misión evangelizadora.

7. Este Evangelio que os encargo proclamar va destinado, en primer término, a quienes sufren mayor deficiencia de salud, a los enfermos de cuerpo, psiquismo, desatención humana o flaqueza espiritual. Ellos constituyen el centro mismo del mundo sanitario, y es a ellos a quienes os pido que os dirijáis en primer término para anunciarles que el Verbo de Dios, haciéndose carne en Jesucristo, se convierte en salud anticipada e incipiente y en promesa segura de Salud plena. Cumplid con ellos la consigna que nos dio el Señor Jesús: Estuve enfermo y me visitasteis cada

vez que lo hicisteis con mis hermanos más humildes (cf. Mt 25, 36.40). Realizad la misión evangelizadora con los enfermos mediante el encuentro humano, sencillo, directo, personal que la visita hace posible.

Dejad en esta ocasión a un lado otras consideraciones u otras estrategias más complicadas o espectaculares, que no son apropiadas para esta misión. Considerad que la visita es su marco idóneo, porque con el encargo de la misión no os estoy pidiendo que atendáis a la penuria física, psíquica o social de los enfermos. Esos cometidos os los he encomendado ya en otras ocasiones, y lo seguiré haciendo en el futuro. Hoy debéis fijaros sobre todo en su espíritu quebrantado, en su corazón quebrantado y humillado (Sal 50, 19). Recordad la saludable advertencia de la sabiduría bíblica: El espíritu del hombre lo sostiene en su enfermedad; pero, perdido el espíritu, ¿quién lo levantará? (Prov 18, 14). ¿Cuántas veces habéis percibido que ese espíritu, abrumado por la enfermedad, es como una caña cascada, como un pábilo vacilante, que hay que evitar que se quiebre o que se apague?(cf Is 42, 3).

Acercaos, pues, a los enfermos con el mismo respeto, discreción y cariño con que lo hacía Jesús, ejercitad con ellos vuestras dotes de paciente y amorosa escucha, dejad que surjan espontáneos sus desahogos y, cuando encontréis la ocasión propicia y oportuna, habladles con suave persuasión de Aquél que dijo: Venid a mí todos los que os sentís fatigados y abatidos, que yo os aliviaré (Mt 11, 28). Ayudadles a ver que en el encuentro espiritual con Jesucristo, en la compañía y comunión con El, Dios se convierte en nuestra Vida inseparable, en el Médico (Ex 15, 26) que escucha el clamor de su pueblo (Ex 3, 7), que endereza a los que ya se doblan (Sal 145, 8), que sana los corazones desgarrados y venda sus heridas (sal 146, 3).

Al anunciar a Jesucristo a los enfermos, haceos eco del mensaje tocante a la salud ya anticipado por los profetas: Fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes; decid a los abatidos de corazón: Ánimo, no temáis! Mirad que viene vuestro Dios (Is 35, 3s), mensaje que El vino a convertir en realidad. Aseguradles que entra dentro del plan providencial de Dios el que el hombre luche ardentemente contra cualquier enfermedad y busque solícitamente la salud, para que pueda seguir desempeñando sus funciones en la sociedad y en la Iglesia. A quienes tengan posibilidades de restaurar su cuerpo o su mente mediante diversos tipos de terapias, animadles a pedir al Señor la energía espiritual requerida para coronar satisfactoriamente su proceso de sanación. A quienes padezcan, en cambio, una enfermedad incurable, crónica o terminal, ayudadles a ver que la salud humana en este mundo acaba consistiendo en la persecución y el hallazgo progresivo de la verdad latente en la propia vida, y que esa búsqueda y hallazgo no sólo son compatibles con la enfermedad avanzada, con el sufrimiento intenso o con la aproximación a la muerte, sino que en estas situaciones puede latir un saludable, aunque doloroso, acicate para tal búsqueda y hallazgo.

Sed en todo momento ante todos ellos un fiel reflejo del Señor, que no hizo un discurso acerca de la salud pero su persona, sus intervenciones sanadoras, sus gestos, sus palabras, toda su actuación y su vida eran saludables, es decir, despertaban y promovían la salud del ser humano y de la comunidad. Jesús irradiaba salud amando, liberando a las personas de aquello que las oprimía, poniendo paz y armonía en sus vidas y fomentando

una convivencia más humana y fraterna. Contribuid, mediante vuestra visita pastoral, a despertar en los enfermos esa salud de Cristo sembrada en su interior ya desde el momento del bautismo por la gracia del Espíritu Santo, y exhortadles a la unión espiritual con Jesús, ya que quien está unido al Señor se hace un solo espíritu con Él (1 Cor 6, 17). Así experimentarán, como San Pablo, que incluso cuando se sienten débiles, habita en ellos la fuerza de Cristo (2 Cor 12, 9-11).

Esa fuerza de Cristo es la que os convierte a vosotros mismos, queridos enfermos, en evangelizadores de la Salud, la que os rescata en el plano pastoral de la consideración de meros pacientes, de seres meramente pasivos, aptos sólo para recibir cuidados y no para prestarlos, como tanta gente piensa que sois. A vosotros os invito especialmente a participar en esta misión evangelizadora. Podéis aportar a la misma vuestra oración penosa y esperanzada, así como el testimonio inapreciable de vuestro dolorido sentir transformado en gracia de Dios para los demás, enfermos o sanos. Os transmito lo que la Iglesia os pide específicamente a vosotros: Los enfermos, con su testimonio, deben recordad a los demás el valor de las cosas esenciales y sobrenaturales, y manifestar que la vida mortal de los hombres ha de ser redimida por el misterio de la muerte y resurrección de Cristo.

8. Junto a los enfermos encontraréis muchas veces a sus familiares, y eso os dará ocasión de extender a ellos la misión evangelizadora. Al hacerlo, tened en cuenta que, cuando una persona enferma, la familia suele también enfermar y necesita -igual que aquélla y, a veces más- una amplia gama de ayudas sanitarias, incluida la espiritual y pastoral. No olvidéis que la primera y más importante institución asistencial del mundo sanitario no es el Sistema Nacional de Salud, sino la familia. Lo ha sido a lo largo de toda la historia, y lo sigue siendo hoy día, tanto por su presencia junto al enfermo como por el volumen de las prestaciones que le ofrece, sobre todo en el caso de los enfermos más necesitados y desasistidos. Desde aquí os pido a los evangelizadores que, en vuestro primer contacto con las familias de los enfermos, les expreséis mi gratitud y la de toda la Iglesia de Madrid por su gran labor, insustituible, continua y abnegada, en pro de la salud.

A las familias cristianas, recordadles que son Iglesia doméstica, verdadero Cuerpo de Cristo en pequeña escala, genuina representación de la Iglesia y, por ello, sacramento de Jesucristo, Salud de Dios para los hombres ante cada uno de sus miembros, así como ante sus vecinos, allegados, amigos y conocidos. Animadles a que sean un saludable estímulo y un potente fermento del sano estilo de vida que es el seguimiento de Cristo; a que muestren tan claramente como Él, que la salvación de Dios se va haciendo realidad en la promoción y restauración de la salud total de los hombres; y a que acepten de buena gana que ellas tienen una parte primordial en este ministerio reconfortador, y ejerzan ese ministerio al menos dentro del propio cuerpo familiar, sin delegar en otros todo aquello que puedan y deban hacer, cuando uno de sus miembros caiga enfermo.

8. Un cometido muy importante de nuestra misión evangelizadora tiene que ver con los trabajadores y profesionales sanitarios pertenecientes a cualquiera de los estamentos o corporaciones que componen este amplísimo colectivo de promotores de salud, sanadores y aliviadores. También para ellos quiero que la misión evangelizadora consista, en primer término, en un

agradecido y entrañable reconocimiento a su labor asistencial, tan inmensa, tan callada en la mayoría de los casos y a menudo, por desgracia, tan poco reconocida en sus aspectos humanos por los poderes públicos y por la misma Iglesia. Que vuestro primer mensaje para ellos sea expresar la honda convicción de esa misma Iglesia de que toda la atención que cordialmente se presta a los enfermos, sean quienes sea los que así procedan, debe considerarse como una preparación evangélica y, de algún modo, participan en el ministerio reconfortador de Cristo.

En nuestra archidiócesis de Madrid, igual que en otras muchas iglesias de España, la presencia cristiana en este colectivo asistencial toma cuerpo en los profesionales sanitarios cristianos (PRO.SA.C.), que constituyen un sector dentro de nuestra Delegación de Pastoral Sanitaria. Ellos. Como laicos cristianos, tienen encomendada una doble función evangelizadora, que ahora les pido ejerzan con especial intensidad. En primer lugar, les ruego que sean evangelizadores de nuestra propia Iglesia, es decir, que resalten ante toda la comunidad cristiana de la archidiócesis la rotundidad con que el mundo sanitario es lugar de salvación, teniendo en cuenta el modo como el apóstol Pedro expresó la misión salvadora de Jesús: pasó por el mundo haciendo el bien y curando (Hech 10, 38); y que contagien sanamente a otros muchos sanitarios cristianos, aun no comprometidos como ellos en la Pastoral de la Salud, la firme osadía de San Pablo: No me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios orientada a la salud (Rom 1, 16). Les invito también a que sean ante el mundo sanitario secular testigos de Jesucristo, Salud de Dios para los hombres, y de la Iglesia, generadora y dispensadora a lo largo de los siglos del ministerio de la misericordia corporal. Que, mostrando al mundo sanitario el modelo terapéutico que es la persona del Señor Jesús, recuerden que el más hondo fundamento de la medicina es el amor, como subrayaba Paracelso, y que ese amor es en Cristo la Caridad, el ser mismo de Dios que se hace efusivo, visible y operativo mediante la ciencia y la compasión sabiamente combinadas del profesional sanitario cristiano.

9. Sé que también puedo contar para llevar a cabo esta misión evangelizadora con las religiosas y religiosos sanitarios. Ellos son una garantía de buen hacer evangelizador y caritativo, gracias a su dilatada tradición asistencial que llena tantas y tan bellas páginas de la historia de la Iglesia, y gracias también a la experiencia que acumulan hoy tanto en la atención preferente a los enfermos más necesitados y desasistidos, como en la promoción de obras propias destinadas a mostrar que es posible humanizar la técnica y hacer de ella el vehículo del amor de Cristo. Colaborar en nuestra misión significará para ellos ser fieles al carisma propio de las comunidades religiosas en las instituciones sanitarias, carisma consistente en cuidar a los enfermos en nombre de la Iglesia, como testigos de la compasión y ternura del Señor.

10. Los capellanes y sus colaboradores en los Servicios de Asistencia Religiosa Católica de los hospitales tienen un difícil pero al mismo tiempo inapreciable cometido en nuestra misión. El hospital ya no es el centro en torno al cual gira todo el mundo sanitario pero sigue, y seguirá siendo, un lugar sanitario y pastoral de capital importancia. Lo es desde el punto de vista asistencial porque, tal como está estructurada hoy la sanidad, todos pasamos a lo largo de nuestra vida en numerosas ocasiones por los

hospitales como enfermos que necesitan su ingreso en el mismo, o como familiares o amigos de enfermos ingresados. Este carácter de lugar público restaurador de la salud, por donde todos transitamos a menudo, es lo que convierte al hospital en un terreno pastoral privilegiado en orden a la evangelización. Pero también es enorme su importancia como institución docente para los futuros profesionales de la medicina, la enfermería y otras ramas de la asistencia, y como centro pionero de investigaciones biomédicas. En estos dos últimos aspectos, las posibilidades que el hospital ofrece a la evangelización desde la perspectiva del diálogo entre la fe cristiana y la razón científica, entre la medicina y la religión, entre la asistencia técnica y la asistencia pastoral son inmensas, aunque no fáciles de convertir en realidades.

Proponer en el hospital al Evangelio como la Buena Noticia de la Salud, y a Jesucristo como Salud de Dios para los hombres, es situar a esta institución de origen cristiano ante sus propias raíces históricas, ante su razón de ser primera y más profunda. Es recordar a las hospitalarias y hospitalarios del tiempo presente que el término hospital comenzó siendo, antes que un nombre para designar un lugar concreto de acogida y asistencia, un adjetivo que expresaba la adquisición de la virtud humana y cristiana de la hospitalidad, actitud que el cristianismo mostró y promovió a partir de la figura de Jesucristo, el Buen Samaritano (Lc 10, 30-37). Es presentar el mensaje cristiano, ante todo, como la memoria histórica que el hospital de hoy necesita para no perder su verdadera identidad, su carácter más genuino. Es impulsar la expansión de la conciencia hospitalaria hacia la dimensión más humana de la Salud, la de Jesucristo, el primogénito de la nueva humanidad, en quien la salvación comenzó a hacerse salud y la salud encontró su realización perfecta en su plenitud divino-humana.

**11.** La evangelización del mundo sanitario debe hoy extenderse más y más hacia todo el campo extrahospitalario, pues la sanidad ha salido decididamente del hospital a la calle y, a través de las estructuras de atención primaria y especializada, llega en Madrid a la práctica totalidad de los ciudadanos, extendiendo incluso la asistencia al domicilio de quienes han caído enfermos. Esta vertiente del mundo sanitario coincide territorialmente con el campo pastoral de la Vicarías, arciprestazgos y parroquias que es el propio de los equipos de visitadores parroquiales de enfermos.

Convocar a las comunidades parroquiales a esta misión evangelizadora es tocar una de las fibras más íntimas y radicales de su ser y función cristianos, aquélla que resaltaba San Pablo al hablar del Cuerpo de Cristo y del carisma de sanación (1 Cor 12, 9) inherente a él. Es, por tanto, animarles a que despierten en todos sus miembros la vocación sanadora a la que está llamado todo cristiano. Es también invitarles a que el hondo sentido comunitario, que poseen y viven por su carácter eclesial, lo ofrezcan al mundo sanitario para que la salud sea cada vez más una empresa para todos, de todos y promovida por todos. Es mostrar cómo el Cuerpo místico de Cristo es, por su misma naturaleza salvadora, Cuerpo asistencial y sanador hacia dentro y hacia afuera de la propia comunidad.

**12.** Por último, pero no por ello menos importante, invito también a sumarse a esta misión a los movimientos y asociaciones que en el seno de nuestra Iglesia de Madrid promueven iniciativas de participación ciudadana

y eclesial dentro del mundo sanitario, para que a través de sus miembros sean transmisores de la Buena Noticia de la Salud, el Evangelio, y testigos de Jesucristo, Salud de Dios para los hombres. Y no quiero dejar pasar la ocasión de agradecer a las comunidades de vida contemplativa el firme apoyo que con su oración prestan a esta misión evangelizadora.

Que Santa María, la mujer en quien Dios se hizo carne por nosotros y por nuestra salud, dirija y acompañe vuestros pasos, ella que es salud de los enfermos, consuelo de los afligidos y madre de la Iglesia.

Contad también con mi bendición y afecto

Antonio María Rouco Varela  
+ Cardenal-Arzbispo de Madrid.